

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO: *El laboratorio postsoviético y la teoría de la revolución*, por Salvador Aguilar.

Ensayo bibliográfico de los siguientes libros:

Ralf Dahrendorf: *El recomienzo de la historia. De la caída del Muro a la Guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires, 2006, (original alemán de 2004).

Richard Sakwa: *Postcomunismo*, Hacer, Barcelona, 2004, (original inglés de 1999) (1).

Esta nota pretende sintetizar el punto en que se encuentra la teoría social sobre las revoluciones después de que en dos importantes transiciones históricas de la segunda mitad del siglo xx, 1968 y 1989, los acontecimientos hicieran crujir los cimientos de lo que se consideraba ya una teoría en cierta forma cerrada: un conocimiento adquirido que formaba parte del bagaje de las disciplinas implicadas, y en especial de la sociología política y la sociología de la historia. La ocasión la brindan varios estudios seminales de reciente publicación, que mencionaremos, procedentes del laboratorio postsoviético y que inciden de manera directa sobre la cuestión, aunque nuestro comentario se centrará en los dos autores y textos que figuran en el encabezamiento.

LAS INTERESANTES CONTRADICCIONES DE UN CONSERVADOR EXPERTO
EN REVOLUCIONES

Ralf Dahrendorf tiene una esplendorosa doble alma. Por un lado, es un científico que ha brillado con luz propia y potente durante medio siglo largo en el campo de la sociología académica. De hecho, a mi entender y en opinión de muchos, es uno de los grandes sociólogos vivos de hoy. Se hizo un

(1) El autor desea agradecer los comentarios escritos de los profesores Miquel Caminal (UB), Salvador Giner (UB) y Carlos Zeller (UAB) sobre el borrador previo. Dirección electrónica: saguilar@ub.edu.

nombre ya desde muy joven por sus aportaciones al entendimiento de las estructuras sociales emergentes en momentos de transición histórica (primero, con *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, de 1962, original de 1957; después, con *El conflicto social moderno*, de 1990, original de 1988; y en los últimos años, con sus análisis de 1989 y la aparición de las sociedades denominadas postcomunistas), siendo también una gran referencia contemporánea para comprender el conflicto y el cambio social, sobre todo en lo que él gusta denominar «las sociedades de la OCDE». En el terreno de la ciencia social reciente, en suma, Dahrendorf ha dado numerosas muestras de practicar una sociología muy sólida y *positiva*, pero nunca anclada en el puro análisis empírico y cuantitativo aunque, a la vez, consecuente en su disgusto por esa especie de filosofía social de gran circulación comercial que han practicado con reiteración algunas de las vacas sagradas (a modo de gurús) de la sociología reciente. De otro lado, Dahrendorf ha sido un hombre de acción. En dos sentidos: ha intentado llevar a la práctica (como gestor, como político, en el gobierno alemán, en la Comunidad Europea, en la dirección de la London School of Economics, en la Cámara de los Lores británica) aquello que sus conocimientos sobre el funcionamiento de las sociedades humanas le aconsejaban como medio para hacer progresar el bien común; y ha sido —y es— un verdadero y activo ideólogo del liberalismo contemporáneo, seguidor y tal vez continuador de Popper y Hayek, dedicado a difundir en la esfera pública sus puntos de vista sobre lo que denomina «el orden liberal».

Debe aclararse enseguida que este perfil liberal es directamente poco entendible desde una perspectiva española. Es poco frecuente en la cultura política de la península encontrar figuras conservadoras que sean, sin embargo, amantes y defensores activos de la democracia, que no se oponen a la renovación y al cambio sino que únicamente destacan las virtudes de que se produzcan ordenada y mesuradamente (2). Podríamos pensar en figuras de la época republicana, «hombres de Erasmo» (como los denomina Dahrendorf en su libro) como Salvador de Madariaga o, en el contexto histórico posterior, figuras como la del historiador Vicens Vives o el empresario catalán Pere Duran Farell. Visto desde nuestra óptica, el liberalismo de Dahrendorf se asemeja más a una socialdemocracia de derechas [del tipo practicado por un Felipe González, que también aparece en el libro (3)] que al perfil (quizá

(2) El mismo DAHRENDORF (1990: 71) nos aclara: «Mi propia posición liberal es la de un liberalismo constitucional que en el terreno de la política normal aboga por la reforma radical».

(3) Y al que DAHRENDORF, significativamente, en otro texto (1990: 63) califica indirectamente de «thatcherista de izquierdas».

inexistente en España) del conservadurismo liberal. Algo, por otro lado, congruente con su biografía personal en tanto que hijo de Gustav Dahrendorf, vicepresidente de la socialdemocracia de Alemania oriental en 1946. La importancia de este dato biográfico y de su temprana elección de campo ideológico (en 1945, a los dieciséis años, pasó por la cárcel alemana debido a sus «actividades antinazis en el colegio», pág. 141) radica, además, en el hecho de que el perfil político que tan bien representa nuestro autor coincide en muchos puntos con lo que ha sido la matriz ideológica dominante desde la Segunda Guerra Mundial en «el mundo de la OCDE» (él lo extiende hacia atrás y habla del siglo xx como del «siglo socialdemócrata»), y de ahí probablemente la amplia influencia desplegada por nuestro autor a lo largo de los años.

Ralf Dahrendorf, pues, además de un académico de primera línea es también un activista del liberalismo. Sea como fuere, en balance, según creo, lo que en cierto sentido constituye un impresionante registro vital, un teórico estricto doblado de hombre de acción (institucional e ideológico-política), en otro sentido parece resultar un obstáculo para desarrollar su sociología, introduciendo en ésta inconsistencias, silencios y contradicciones a veces difíciles de salvar, como su nuevo libro muestra a mi parecer con abierta claridad. En una visión global, el libro que nos ocupa es una especie de continuación y puesta al día de su importante obra *El conflicto social moderno*. Y aunque su énfasis principal recuerda a veces más el formato de un libro de memorias o de mirada retrospectiva que un libro de teoría sociológica, que el lector o lectora no se deje engañar: aunque de despliegue poco sistemático (recoge, a fin de cuentas, sus conferencias, discursos y artículos entre 1990 y 2003, unificados mediante el recurso a unas breves introducciones escritas en 2004 y que funcionan a modo de hilo conductor), este libro tiene un importante calado teórico implícito que intentaremos sacar a la luz. Para ello estructuraré el comentario que sigue en torno a una de las dos cuestiones que absorben la energía principal de la reflexión del autor, a saber, la sociología del conflicto y la revolución (la otra gran cuestión que centra su atención, como no podía ser de otra forma atendiendo a las fechas, es el fenómeno emergente de la globalización y de algunos de sus principales efectos, como son los temas tan queridos por Dahrendorf de la *anomia* y del surgimiento de una *infraclase* en el mundo contemporáneo de la OCDE, entre otros).

DE LA REVOLUCIÓN

Desde los hallazgos clave, pero generales, de Marx y de Tocqueville (4), pasando por la obra de Crane Brinton, James C. Davies y Ted Robert Gurr hasta llegar a Barrington Moore, Skocpol, Tilly y Goldstone en la última generación, la sociología de los fenómenos revolucionarios ha sido tradicionalmente uno de los activos principales de la disciplina. Su concurso nos ha permitido tener una idea muy cabal de lo necesario para comprender las grandes revoluciones modernas, desde la francesa de 1789 hasta las clásicas del siglo xx: Rusia (1917), China (1949) y Cuba (1959). Contemporáneamente, dos fechas emblemáticas (1968 y 1989) han introducido el desconcierto y la anomia en ese *corpus* teórico orgullo de la disciplina. Todavía hoy, cuarenta años después de la primera de esas fuertes sacudidas, no hay un consenso mayoritario en las profesiones (ni en las vecinas: la historia y la politología) sobre el significado indiscutible de ambas fechas, mientras que la teoría sigue en un estado de recomposición y se echa en falta, como bien ha advertido Piotr Sztompka (1998), una nueva síntesis, algo que Noel Parker (1999: 3) sospecha que está en fase de preparación.

¿En qué consiste el problema? En lo fundamental, sus puntos críticos se localizan en dos cuestiones principales. La primera: los acontecimientos de París de mayo de 1968 y de 1989-1991 en el mundo soviético provocan constatablemente grandes vuelcos radicales (el efecto inequívoco de una revolución), aunque de naturaleza muy diferente, pero sus componentes previos y configuración visible no responden en absoluto, al menos a primera vista, al relato básico de la teoría sociológica de las revoluciones heredada [en el caso soviético se puede incluso afirmar, y algunos lo han hecho, que el cambio de 1989, más que de revolución, podría conceptuarse de contrarrevolución (5)]. Refiriéndose a la segunda de las crisis, un importante sociólogo experto en cambios macrosociales como S. N. Eisenstadt (1999: 91) expresó la duda así:

«[S]e hacía difícil decir si esas revoluciones fueron burguesas o proletarias. Incluso refiriéndolas a las revoluciones clásicas, estas definiciones no

(4) Que Dahrendorf conoce muy bien y sobre los que, periódicamente, produce algún artículo divulgativo. Véase, por ejemplo, su luminoso artículo reciente en *La Vanguardia*, RALF DAHRENDORF (2005), «La política de la frustración».

(5) Pero se trata de una perspectiva analítica con poco recorrido. Para hablar de contrarrevoluciones sería imprescindible la presencia de unas tradiciones precomunistas bien establecidas de un orden social con algún grado de capitalismo y democracia liberal. Ése sería el objeto de la restauración. Con la excepción de Checoslovaquia, ninguna de las sociedades del bloque soviético cumplía esta condición.

siempre son útiles o iluminadoras; pero aplicadas a los acontecimientos de la Europa del Este, carecen de sentido.»

El segundo punto crucial pone de relieve un extraño *décalage* entre dos aspectos principales de ambas crisis y se puede expresar sintéticamente así: en un caso encontramos actores sin revolución (1968: están presentes las presiones desde abajo pero no la toma del Estado) y en el otro revolución sin actores (1989: el Estado pasa a manos de una nueva élite y se llevan a cabo grandes transformaciones pero, en general, falta la presión desde abajo). Por todo ello, la aparición de este nuevo libro de Dahrendorf, que pone sin duda en el centro del escenario la segunda de las sacudidas citadas (1989), y también dedica una especie de importante subtexto a 1968, con sustanciales incursiones generales en el cuerpo de la teoría mencionada, es una ocasión oportuna para detectar puntos de fuga y renovación que permitan comprender mejor esos dos centros críticos a los que he aludido.

La posición general de Dahrendorf en este libro es la siguiente: 1968 no es en absoluto un enigma para la teoría de la revolución sencillamente porque no fue una revolución; y 1989 es en lo fundamental una revolución de nuevo tipo que tiene que entenderse como una extensión del impulso universal hacia la creación de «sociedades abiertas» verificable en la era contemporánea. A mi entender, yerra en la primera posición y acierta parcialmente en la segunda. Veamos.

1968

Dahrendorf mantiene una relación incómoda y compleja (a veces enigmática) respecto a 1968, en parte, según manifiesta, porque él mismo se vio involucrado directamente en los aledaños de la crisis (por supuesto como antagonista de los que denomina «revoltosos» del 68 —pág. 159— en Europa occidental, por ejemplo cuando se enfrentó públicamente con el dirigente estudiantil alemán, después asesinado, Rudi Dutschke). Resumamos su posición en dos puntos. Uno, la naturaleza del fenómeno. Aunque es totalmente sensata su advertencia de que «1968» fueron en realidad, en numerosos y diversos países, acontecimientos en parte interconectados y en parte independientes —algo imprescindible para poner en claro en futuras investigaciones, por ejemplo, sobre el sentido del Mayo francés, la reforma checoslovaca de Dubceck detenida por una invasión o las matanzas en ciudad de México, que algunos autores mezclan sin mayor problema (6)—, Dahren-

(6) Aunque analistas serios, como Wallerstein, sugieren vínculos sistémicos entre todas las erupciones de 1968. Véase la argumentación en WALLERSTEIN (2007: 100).

dorf empieza por no saber cómo conceptualizar el fenómeno eurooccidental y, específicamente, el francés. Dice que no fue una revolución (págs. 159, 220) pero después matiza, extrañamente, que allí, en Francia, «hubo un poco de revolución», y precisa que se trató de «una revolución cultural singular» (pág. 160) (7), que fue «un ataque a la autoridad en general... que intentó eliminar la jerarquía y el privilegio» (*ibid.*), «una protesta contra la sociedad» (pág. 59). Segundo punto principal: los efectos del fenómeno; según Dahrendorf, las «transformaciones que siguieron al 68 no tuvieron una dirección clara y provocaron más confusión que mejoras, por lo menos en el mundo de la OCDE» (pág. 220).

La primera afirmación llama la atención porque el mismo autor, en otras secciones del libro (págs. 18-23, y también en otros textos previos), propone una definición de revolución y unos ingredientes clásicos de la misma que extrañamente se parecen mucho a los del 68 eurooccidental. Propone que el primer estadio de una revolución no es el «terror» sino «manifestaciones, ocupaciones, destrucción de símbolos del antiguo régimen» (pág. 18), precisamente lo que ocurrió con profusión en el Mayo francés. Propone también que en una revolución «está en juego la esperanza» en forma de anarquía y fraternidad (pág. 23), algo para lo cual el 68 francés es también un candidato cualificado. Admite finalmente en esas reflexiones sobre la revolución en general que las revoluciones pueden quedar incompletas: cuando así ocurre acostumbran a detenerse por intervención de fuerzas coercitivas de carácter externo, algo que ejemplifica en la Hungría de 1956 y la Checoslovaquia de 1968 (pág. 19) pero que, al parecer, no reconoce en la visita de De Gaulle a Massu en la base de los paracaidistas franceses en Alemania, entre otros muchos indicios que conocemos sobre el Mayo francés. En conclusión: Dahrendorf no llega a verbalizar o quizá no es consciente de ello que el Mayo francés pudo ser, según los parámetros de la teoría de la revolución que tan bien conoce él, un caso claro de revolución inconclusa, tan claro al menos como 1956. ¿Por qué esa tenaz miopía en un analista tan perspicaz? A mi entender, la explicación principal debe buscarse en un factor que ya Hirschman (1985: 78-79) enarboló para dar cuenta del éxito académico del libro clásico de Olson (*La lógica de la acción colectiva*, de 1965) justamente

(7) «Es indudable que la revolución cultural de los estudiantes europeos y norteamericanos no fue una revolución, pero su tema era la cultura de la convivencia en sociedad. Los hijos de la prosperidad de la posguerra ya no querían aceptar la autoridad... Querían apostar a más democracia» (pág. 220). La idea del 68 como una revolución cultural ha tenido muchos seguidores, como es notorio; véase por ejemplo el análisis del historiador K. H. JARAUSCH (1999: 466).

cuando su tesis principal (la inacción colectiva como tendencia básica bajo ciertas condiciones, contrarrestada mediante sanciones o incentivos selectivos) era contradicha por la gran oleada de movilizaciones de fines de los sesenta: aquellos que «evaluaron esos acontecimientos como intolerables y totalmente aberrantes» (la mentalidad conservadora, también la partidaria del «orden liberal») encontraron en el libro de Olson «razones sólidas y tranquilizadoras sobre por qué esas acciones colectivas de los sesenta, para empezar, nunca debieron ocurrir, tal vez fueron menos reales de lo que parecieron o era muy improbable su reaparición». La ideología política de Dahrendorf parece que impide al sociólogo Dahrendorf identificar lo que está viendo; algo para lo que él mismo da una razón cuando trata del *affaire* Dutschke y precisamente 1968: «Me gustaba Rudi Dutschke y fue un sufrimiento físico cuando perpetraron su asesinato. Pero ni siquiera entonces quise la revolución, sino el cambio democrático» (pág. 129), el corazón del «orden liberal» que el autor preconiza según el cual el cambio social no sólo puede ser benéfico sino estrictamente necesario, pero a condición de que se produzca ordenada e incrementalmente («democráticamente», con «respeto por las estructuras existentes», pág. 161). Algo para lo cual las revoluciones no sirven: «no resuelven los problemas» (pág. 159). Vemos aquí una primera interferencia ideológica que distorsiona la sociología del autor.

La segunda afirmación a la que nos hemos referido tiene que ver con los *efectos* de las transformaciones de 1968 en el mundo de la OCDE. La posición de Dahrendorf es también clara en este punto: 1968 fue una situación confusa que no concluyó en nada apreciable (en el doble sentido de tangible y digno de estimación). En este punto, al parecer, reaparece la percepción obstruida del autor a la que hemos hecho referencia (8). Es muy difícil no reconocer el impacto a largo plazo de 1968 como acelerador de grandes transformaciones. Se puede decir, elaborando una sugerencia de Skocpol (1979: 298), que los cambios de tipo en las comunidades humanas son el resultado de una concatenación compleja y no concertada de una variedad de fenómenos, cada uno con su propia lógica y funcionamiento relativamente autónomo, que confluyen fortuitamente en una *coyuntura histórica fuerte* de naturaleza conflictiva que es, a la vez, mecanismo de expresión y de eventual resolución del conflicto social. Las podemos denominar así, o crisis «generales», «sistémicas» o «históricas»; o «rupturas» (para estos términos:

(8) La identificación de este tipo de interferencias de los «valores» en el análisis científico es algo relativamente frecuente en las ciencias sociales y, hasta cierto punto, natural. Para una revisión crítica paradigmática en esa dirección, referida a la obra de Durkheim, véase Lewis Coser (s.f.: cap. 8).

Nisbet, 1979: 34-45; y Hobsbawm 1990: 32). «1968» fue una de esas coyunturas; y hasta tal punto ha tenido efectos a largo plazo que, por poner un ejemplo significativo, en la campaña presidencial francesa de 2007 ha estado todavía en boca del después presidente Nicolas Sarkozy. Por lo que se refiere a los efectos a corto plazo del Mayo francés, el mismo Hobsbawm (1975: 235) observa, con razón, que en esa coyuntura y debido a la presión desde abajo «el más orgulloso y autoconfiado de los regímenes europeos fue conducido al borde del colapso».

Pero es que además, sociólogos de primera línea, como Immanuel Wallerstein, han dedicado estudios diversos a la cuestión específica: 1968 en tanto que revolución con efectos sustantivos a medio y largo plazo. Incluso si Dahrendorf desconoce estos estudios, o no los considera relevantes, debería prestar atención al menos a toda la copiosa literatura especializada de gran nivel que se ha producido en la última generación alrededor de la *contention* (contienda política), en particular sobre la relación entre la acción colectiva y la democratización de las naciones (recomendamos al respecto, al menos al lector de esta nota, el libro reciente de Charles Tilly *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*). Coincidiría entonces con nosotros que 1968, como mínimo, se puede entender como una contribución muy importante, probablemente imprescindible, para la democratización posterior de «las sociedades de la OCDE».

La posición de Wallerstein (2007) sobre 1968 consiste en caracterizar esa crisis como una «revolución en el sistema mundial» cuyos efectos todavía afectan a las sociedades de hoy y cuyo precedente más próximo es 1848. Claro está que Wallerstein integra esta noción en su teoría general sobre el sistema mundial de sociedades y siguiendo la lógica de ésta y, en ese sentido y a diferencia de la de Dahrendorf, su argumentación no se ubica en la tradición y conceptos de la teoría de la revolución heredada. La posición de Wallerstein permite entender la amplitud del concepto de revolución y mantiene algún parentesco con la idea de Dahrendorf (y muchos otros) de 1968 como una «revolución cultural». Pero en un sentido específico y peculiar de cambio drástico entre lo que denomina «organizaciones antisistémicas», es decir, como punto de ruptura en la izquierda mundial entre la «vieja» y la «nueva» izquierda; 1968 consiguió debilitar la noción de la prioridad estratégica a las reivindicaciones del proletariado y las naciones oprimidas en favor de las de las «minorías» emergentes (las luchas de emancipación sexual, étnica, de género, ecologista y todos los demás componentes de lo que se denominó entonces «nuevos movimientos sociales»): «1968 se convirtió en el sepulcro ideológico del presunto “protagonismo” del proletariado industrial» (2007: 103).

En ese sentido, «1968 marcó, respecto a todas esas desigualdades, un giro decisivo en la historia» (de ahí que sea una «revolución») (Wallerstein, 2007: 107). Esta argumentación, en la medida que implica que, como efecto de los acontecimientos, «han cambiado las mentalidades» (*ibid.*) incide también en la noción de 1968 como «revolución cultural» (pero quiere significar, en realidad, una «revolución» política, al referir a áreas del conflicto social que sólo cabe caracterizar como propias de la micropolítica). Y sobre todo, implica que 1968 fue una sacudida sistémica, del sistema mundial de sociedades, que por ello se manifestó en una cadena de episodios de conflicto (en Francia, en EEUU, en Praga, en México, en Asia...): «La explosión era muy poderosa: hizo saltar en pedazos muchas relaciones autoritarias y pulverizó sobre todo el consenso de la Guerra Fría» (Wallerstein, 1999: 88) (9); específicamente, fue una auténtica y completa deslegitimación de la pauta de desarrollo occidental que se configura después de la segunda Guerra Mundial (Parker, 2003: 45).

Para cerrar el comentario sobre 1968, cabe señalar que la teoría reciente empieza a comprender que las revoluciones por decirlo así *pertenecen* a épocas históricas de carácter amplio que hacen posible únicamente tipos particulares de revolución mientras están vigentes. Según esta noción, aplicada ya por otro lado a las revoluciones premodernas, lo ocurrido en mayo de 1968 podría tratarse conceptualmente como una anticipación de lo que van a ser las grandes crisis políticas y las «revoluciones» en las sociedades de capitalismo avanzado y democrático. En esas condiciones, en efecto, ni el Estado puede utilizar instrumentos coercitivos sin límite ni la toma violenta del poder estatal es concebible para la cultura política dominante. En esas condiciones, también, el Estado omnipotente y tecnológicamente armado hasta los dientes puede perfectamente quedar paralizado por la acción con-

(9) Algo en lo que converge el historiador Jarausch (1999: 466): «El 68 fue una ruptura con la tradición estatista que abrió nuevo espacio para el antiautoritarismo, el igualitarismo, el individualismo o el universalismo a la vez que difuminaba la distinción entre alta cultura y cultura popular». Y también un periodista ilustrado polaco, Ryszard Kapuscinski, magnífico conocedor de los hechos: «El movimiento mundial de 1968 fue importantísimo... [N]ormalmente, las gentes duermen. Entonces despertaron. Y algo más: nunca, nunca jamás el *establishment* se había sentido tan inseguro y tan amenazado. Los poderosos no comprendían lo que estaba sucediendo» (Entrevista de Arcadi Espada a Kapuscinski, *El País*, 14.08.2000, pág. 12). Esta última cuestión del desconcierto de los poderes existentes ante una revolución la confirma nada menos que el general norteamericano Vernon Walters, con inimitable estilo: «P: ¿Qué pensaba su Gobierno? [sobre el Mayo francés] R: Estaban muy preocupados porque no se trataba de una revolución comunista. P: Ya. R: Normal: les preocupaba no saber quién movía todo aquello. O que lo movieran los anarquistas. O que se moviera solo» (Entrevista de Arcadi Espada a Walters, *El País*, 25.08.2000, pág. 12).

certada de ciudadanos con alta conciencia de serlo y que se expresan mediante la protesta masiva. Siendo así, los «actores sin revolución» que hemos mencionado adquieren un perfil bien diferente del que deriva de aplicar la teoría sociológica tradicional de las revoluciones (en realidad, una teoría adaptada a la era de la modernidad industrial). Aunque inacabada, 1968 sí que fue una revolución, pero tuvo poco que ver con las revoluciones clásicas, «comunistas», del siglo xx; y aunque sí tuvo que ver con conflictos agudos «de clase» (recuérdese la gran huelga general, de carácter político, pero también laboral), su aportación distintiva central fue probablemente otra, y doble: una fractura en el sistema mundial de sociedades y la protesta (transnacional) contra un modo de desarrollo, el del capitalismo avanzado, y su estilo de vida asociado (10) que abrió el camino para erupciones ciudadanas sofisticadas posteriores como la de finales de 1995, también en Francia (11). En el marco de su teoría y por tanto con un sentido sistémico más que episódico, Wallerstein (1999: 94) se aproxima a esta idea: «las explosiones de 1968 y sus consecuencias pueden interpretarse como síntoma de que el sistema se está aproximando a su asíntota histórica; 1968, con sus éxitos y sus fracasos, constituyó, por tanto, el prelude, mejor el ensayo, de lo que vendrá».

1989

Dahrendorf está visiblemente más cómodo en el tratamiento de la crisis de 1989-1991, en cuya resolución se implicó directamente con su apoyo a los disidentes (Havel, el más conocido) de las dictaduras comunistas o estalinistas que después accederán en muchos casos a los puestos de mando en sus respectivas sociedades. Además, como es sabido, Dahrendorf fue de los primeros analistas en tratar esa crisis como una revolución (recuérdese su temprano artículo, publicado en España por *El País* de 4.12.1989, «La revo-

(10) Un magnífico estudio reciente, el de GERD-RAINER HORN (2007: 231), corrobora esta conclusión y subraya que el «logro más tangible» del 68 occidental fue «el cambio de paradigma socio-cultural». Algo parecido sugiere JEFFERY PAIGE (2003: 28) cuando nos recuerda, recientemente, que «las relaciones globales de Estados y ciudadanos quedaron fundamentalmente alteradas por 1968».

(11) Significativamente, observadores sobre el terreno detectaron en la Francia de 1995 muchas coincidencias con el 68. Así, el corresponsal de *El País* en París titula: «El Gobierno de Juppé y los sindicatos apuestan por un enfrentamiento que recuerda 1968» (2.12.1995, pág. 2). Para las diferencias, Edgar Morin en entrevista, *L'Humanité*, 11.12.1995, pág. 8. Sobre «1995», véase TOURAINE (1996).

lución de 1989»). Su interpretación general no deja lugar a dudas. 1989 fue una revolución en toda regla (con matices, que ahora explicamos, según los países) que abre paso a una transición hacia un nuevo tipo de orden social, el postcomunismo, que es «la búsqueda de la sociedad abierta» o, en palabras de Michnik, que cita aprobatoriamente, «la transición de la época revolucionaria a la normalidad» (págs. 12, 204).

Una matización importante que hace Dahrendorf es que lo que vivieron algunos países del área soviética fue una peculiar mezcla de reforma y revolución [«refolución», según la terminología del historiador Garton Ash (12)]: «las transformaciones fueron profundas, pero fueron reformas drásticas desde arriba, no el trastocamiento causado por el éxito de la presión desde abajo», variante que ejemplifica con los casos de Polonia y Hungría (pág. 17). En otros países del sistema, en cambio, se vivieron auténticas revoluciones (el caso de la URSS, después de una inicial «refolución» bajo Gorbachov, y los casos checoslovaco, alemán oriental y rumano): «se movió rápidamente y a fondo por lo menos el estrato superior de los poderosos» además de producirse la «total deslegitimación del antiguo régimen» (págs. 17-18). Vemos en este punto, y desde la perspectiva de la teoría clásica de la revolución, una cierta incongruencia en el tratamiento del fenómeno, ya que «la presión desde abajo», o efervescencia de acciones colectivas populares, que es en esa tradición un ingrediente característico de toda revolución y que Dahrendorf echa en falta en los casos «refolucionarios», también estuvo notoriamente ausente del caso ruso, algo que hicieron notar en su momento algunos de los mejores periodistas sobre el terreno (como es el caso de Rafael Poch, corresponsal de *La Vanguardia* en Moscú en esa época) (13), caso que, sin embargo, Dahrendorf califica de «revolución comple-

(12) DAHRENDORF (1990: 5) define con mayor precisión las «refoluciones» así: «en esencia *reformas* desde arriba en respuesta a la presión de la *revolución* desde abajo».

(13) A pesar del testimonio temprano de los buenos periodistas independientes sobre el caso ruso, no pocos analistas académicos han insistido en la existencia de una determinante presión desde abajo en los cambios de los países del área, visión de la que ha participado la corriente principal de los medios de comunicación occidentales y que se ha prolongado hasta hace poco, en sus páginas, con una improbable proliferación de revoluciones que cubren toda la gama de texturas y colores («de terciopelo» en centroeuropa en 1989-1991, «rosa» en Georgia en 2003, «naranja» en Ucrania en 2004, «de los tulipanes» en Kirguistán en 2005, «azafrán» en Myanmar en 2007...). En el ámbito académico, SZTOMPKA (1998: 159), por ejemplo, refiriéndose al período 1989-1991, habla de «un movimiento popular masivo en apoyo» de la oposición democrática (aunque, significativamente, añade que la «revolución tiene lugar principalmente en el nivel institucional») a la vez que detecta la presencia de unos vagos «movimientos sociales» (1995: cap. 19) que habrían protagonizado el cambio en el Este; Sakwa en un punto (pág. 43) se sitúa en una posición intermedia y menciona que, en la

ta»: «el antiguo régimen de la *nomenklatura* no sólo ha desaparecido sino que fue eliminado para siempre... El espíritu del antiguo régimen queda flotando en el aire, años, décadas... Pero como régimen está acabado. En este sentido, la revolución de 1989 tuvo éxito como pocas antes que ella» (pág. 19).

El enfoque conceptual y teórico que propone Dahrendorf y que acabamos de sintetizar plantea algunos problemas; los principales: la conceptualización misma del fenómeno revolucionario, en general, y específicamente para la época y conjunto de países comunistas o estalinistas; y la caracterización del «antiguo régimen», o sociedad predecesora. Hay razones para considerar que la conceptualización es insatisfactoria y no da cuenta de los aspectos novedosos del fenómeno contemporáneamente; por lo que respecta a la sociedad predecesora, defiende la idea de que difícilmente se puede comprender una revolución, que acarrea un cambio de tipo en una comunidad humana, sin entender adecuadamente el perfil socioestructural previo, de partida, y también en este punto, como veremos a continuación, el trabajo de Dahrendorf (y, por otro lado, el de una mayoría de analistas y comentaristas), resulta patentemente inadecuado. Además, esa caracterización afecta directamente, a su vez, la forma acertada de enfocar el análisis de las sociedades sucesoras («postcomunistas»).

La noción central de la teoría social contemporánea de las revoluciones consiste en llamar la atención sobre dos procesos: la toma violenta del Estado mediante un proceso insurreccional y la consiguiente sustitución de una élite política por otra (revolución política); y la transformación rápida, drástica y completa de la estructura social predecesora de acuerdo con un patrón programático que ha movilizadado la insurrección popular (revolución social). La versión clásica se debe a Theda Skocpol (1979: 4), según la cual las revoluciones sociales son «transformaciones rápidas y básicas del Estado y las estructuras de clase de una sociedad que van acompañadas por —y en parte se llevan a cabo por medio de— revueltas desde abajo con fundamento en las clases... Lo que es exclusivo de la revolución social es que los cambios básicos en la estructura social y en la estructura política se producen al unísono y de manera que se refuerzan recíprocamente» (14).

URSS, «la presión desde abajo, pidiendo cambios, no fue precisamente poca». El gran momento coincidió con el golpe de Estado de agosto de 1991 y la imagen de Yeltsin, encima de un tanque, en Moscú, encabezando la (firme pero escasa) resistencia popular (véase TILLY, 2000: 282).

(14) El sociólogo SALVADOR GINER (1980), escribió en su día un espléndido ensayo sobre los ingredientes típicos de las revoluciones *políticas* que complementa el modelo de revolución *social* de Skocpol, con fuerte énfasis estructural, y todavía hoy se lee perfectamente.

La propuesta teórica de Dahrendorf carece de la precisión de la de Skocpol y aunque hace uso de las variables de ésta aquí y allí, como ya hemos señalado, no las maneja de manera consistente e integrada. De ahí proceden algunas de las ambigüedades y confusiones de la teorización de Dahrendorf sobre 1968 y 1989.

De cara a la investigación, como en el análisis de todo fenómeno macro-social de suficiente envergadura, la conceptualización genérica —como la de Skocpol— tiene que completarse con otra, complementaria, que incluya variables de contexto (en este caso, relativas a la modernidad industrial y postindustrial, la Guerra Fría, el bloque formado por las sociedades predecesoras, etc.). Dahrendorf no ofrece ninguna de manera explícita. En este punto, el libro de Richard Sakwa (2004) se manifiesta más sólido y clarividente. En esencia, propugna que la era de las revoluciones modernas «clásicas» (y sobre todo, el ciclo de las grandes revoluciones del siglo xx: 1917, 1949 y 1959) ha terminado (15) y que lo que hemos presenciado en la Europa del Este son revoluciones de un nuevo tipo: «revoluciones antirrevolucionarias». Dahrendorf parece intuir algo, pero lo deja sin elaborar: «Casi podría afirmarse que la de 1989 fue la última revolución de la modernidad...»; casi se puede «hablar de un fin de las revoluciones» (pág. 158). Más abajo volveremos sobre el tema.

Finalmente, la naturaleza de la sociedad predecesora, que en buena lógica debería proporcionar las variables principales de la conceptualización específica o restringida a la que hemos aludido. La caracterización de Dahrendorf coincide en buena parte con la de la corriente principal de la ciencia social contemporánea: las sociedades predecesoras fueron sociedades comunistas; orientadas de natural, al ser antiliberales, hacia el totalitarismo; y producto de la manipulación de las masas por parte de revolucionarios profesionales sin escrúpulos muy dados a la violencia colectiva (alejados, por tanto, del esquema revolucionario propuesto por Marx y basado en la acción de una clase, el proletariado) (véase por ejemplo la pág. 214). La posición de Sztompka (1995: 332; 1998: 145) es parecida y habla de 1989 como de «la revolución anticomunista». En mi opinión, esta posición analítica es decepcionante por su ingenuidad y, a mi entender, patente falta de veracidad. Una mirada sólo ligeramente crítica ha de reconocer en «el antiguo régimen de la *nomenklatura*», no una sociedad comunista ni mucho menos revolucionaria, sino una nueva sociedad de clases, postcapitalista, con numerosos rasgos de

Para visualizar el alcance y dificultades metodológicas de la definición de Skocpol, véase SKOCPOL (1994: cap. 4, publicado en 1976).

(15) En lo que coincide con SZTOMPKA (1995: 332).

arcaísmos diversos (16) pero estable, y con poco que ver con el socialismo y el comunismo (que «sólo» jugaron el papel de elementos ideológicos propulsores para proveer incentivos morales en un contexto social y económico que no permitía el recurso masivo a los incentivos económicos). La insatisfacción principal con el argumento de Dahrendorf en este punto es que *sabe* que la interpretación convencional es un subproducto (científico-social) de la Guerra Fría y que la realidad es otra (17): «El comunismo fue la vía alternativa y cruel de modernización rápida en los países que estaban rezagados» (pág. 211, escrito en 2004) (18). Esta frase lapidaria y precisa creo que sí da en el clavo. Se parece mucho al argumento que han desarrollado una minoría de investigadores en la periferia de la ciencia social académica, como es el caso del estudio de Barrington Moore de 1966 (*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, capítulo IX) o, con argumentos diferentes, el análisis de síntesis que hace Hobsbawm en *Historia del siglo xx* (19). Naturalmente, una correcta caracterización de la sociedad predecesora es importante para aproximarse a una buena conceptualización específica del fenómeno; pero también porque cuanto más correcta, más se aproxima la investigación a caracterizar adecuadamente la sociedad sucesora, en este caso, el «postcomunismo».

Las insuficiencias del análisis de Dahrendorf son en parte inherentes al tema, todavía no «cerrado», ni mucho menos, en la teoría social; pero en parte proceden seguramente, también aquí, de la influencia sobre su sociolo-

(16) Según LEWIN (2006: 475): «El término “absolutismo burocrático”, que nos parece adecuado para describir el sistema soviético, procede de un análisis de la monarquía burocrática prusiana del siglo XVIII». Dentro de la tradición marxista crítica se ha señalado a veces, con similar intención, la incomodidad del régimen de Stalin con la noción marxiana del «modo de producción asiático»; véase HOBBSAWM (1969: 60-61).

(17) MOSHE LEWIN (2006: 11) abre su última obra con una idea similar: «Desde sus inicios, el régimen soviético planteó un desafío radical que se vio reforzado durante la guerra fría con la polarización del mundo, la carrera armamentista y la consiguiente batalla propagandística. Todo esto propició las condiciones que permitieron confundir la propaganda con el análisis».

(18) He aquí otras fórmulas convergentes de Dahrendorf que aclaran más su pensamiento: «Las economías orientadas hacia el mercado y que se basan en incentivos, más que en la planificación y la fuerza, representan un estado avanzado del desarrollo moderno. En este sentido, el capitalismo sucede al socialismo —en aquellos países donde la opción socialista fue el método seleccionado para entrar en el mundo moderno» (1990: 46); «la teoría de Marx tenía sentido para Rusia. De hecho, tenía sentido para todos aquellos países que entraron tarde en el mundo moderno y que tuvieron que modernizarse política y económicamente a la vez y a toda prisa» (1990: 43).

(19) «El comunismo soviético se convirtió, por lo tanto, en un programa para transformar países atrasados en avanzados» (1995: 376).

gía del ideario político que practica. ¿Disponemos hoy de mejores datos y recursos que nos permitan ir más allá? La respuesta es afirmativa. En este punto, el estudio de Sakwa resulta mucho más fructífero que el de Dahrendorf.

¿QUÉ FUE REALMENTE 1989?

Richard Sakwa, de origen ruso, es profesor de ciencia política y relaciones internacionales en la Universidad de Kent (GB) y experto en la historia política rusa. Su conciso libro de 1999 contiene una de las miradas más renovadoras (y polémicas) de los acontecimientos de 1989 y de la historia soviética y postsoviética y, con ese bagaje, una constructiva rectificación indirecta de los argumentos de Dahrendorf. Nos interesará aquí destacar, al igual que hemos hecho con el estudio de Dahrendorf, tres cosas: la conceptualización del fenómeno revolucionario, en general y específicamente para el período y países del cambio de 1989-1991, y la caracterización de la sociedad predecesora.

Por lo que se refiere al régimen y la sociedad predecesora, el análisis de Sakwa es quizá ambivalente y poco definido porque su interés principal en el libro es otro, el tipo de revolución que se da en el período 1989-1991. Aunque, por un lado, opta por el relato académico oficial de que estamos ante unos «sistemas comunistas» (pág. 30), introduce como legítimas posiciones como la de Habermas en el sentido de que se trató de «sociedades postcapitalistas» (pág. 42) y admite con claridad que «carentes de una ideología socialista revolucionaria, esos sistemas sólo tenían de comunistas el nombre» (pág. 32). Aporta también al respecto una sucinta descripción de la sociedad predecesora y de la coyuntura de crisis de 1989 a nuestro entender muy adecuada porque contiene prácticamente todas las precondiciones del cambio sistémico que se avecinaba (20):

«Para 1989, muy simplemente, la gran mayoría de las poblaciones afectadas, y no pocos comunistas entre ellas, habían dejado de estar interesadas en la continuidad del régimen. Si dejamos al margen la retórica socialista, esas sociedades se distinguían por su creciente desigualdad, la aparición de unas élites privilegiadas, cerradas sobre sí mismas y que se autorreproducían, y una actividad económica en declive» (pág. 40).

(20) Sólo falta una importante precondición, a saber, la erosión del control soviético sobre los PPCC y los países de su zona de influencia. Ésta fue la contribución de Gorbachov.

Esta descripción contiene los elementos para comprender por qué el sistema soviético, más que derrumbarse, más que ser desintegrado desde el exterior (aunque ambas variables también intervinieron), «colapsó», un fenómeno a primera vista inédito en la Historia y un tanto extraño (21). Sobre todo porque el único elemento que podía impedirlo o retrasar los acontecimientos también había dejado de estar interesado en la continuidad del régimen; me refiero a la nueva clase dominante característica del sistema soviético, la *nomenklatura*; así lo concibe Sakwa:

«En la Unión Soviética, una fracción de la vieja élite, no sólo abandonó su lealtad al antiguo sistema, sino que se embarcó en su autoemancipación, *convirtiendo así los privilegios en propiedad* y el poder en formas de interacción política formalmente más pluralistas. A lo largo y a lo ancho de la Europa del Este, las viejas élites convirtieron su poder en propiedad, pero en la URSS, la transformación de la *nomenklatura* en un nuevo tipo de clase dominante se ha visto como la característica definitoria de los cambios. Desde esa perspectiva, el caso soviético representa una salida semievolutiva del comunismo, una situación en la cual las estructuras formales del antiguo sistema político desaparecieron por entero pero las viejas élites se adaptaron al nuevo sistema y transmitieron a éste muchas de las actitudes del pasado (...)

La estructura social de las sociedades comunistas (y, por tanto, de las postcomunistas), estaba lejos de ser indiferenciada...[T]enemos que ser conscientes de que en las sociedades postcomunistas existían “grupos de interés” bien definidos... que interactuaron con los procesos de transición de muchas y diversas maneras... [L]os regímenes comunistas que permitieron que se desarrollaran los elementos de una “polis paralela” (una especie de segunda sociedad) ya contenían el embrión de una cultura cívica y de unas élites alternativas» (págs. 43-44, cursivas añadidas; 73).

Este diagnóstico se acomoda bien a la mayoría de datos conocidos y coincide (sobre todo las palabras en cursiva) con la interpretación de los periodistas independientes citados: la *nomenklatura* estaba desde mucho antes de la crisis predispuesta a un intercambio de privilegios por propiedad, y en esa medida, a alentar o al menos permitir el cambio de sistema (22). Verdery (1996: 20) ha completado ese cuadro básico con la idea siguiente:

(21) NOEL PARKER (1999: 42) expresa muy bien el desconcierto que produjo ese hecho: «la ausencia de medidas de represalia por parte del Régimen sugiere la existencia de una característica común e intrigante entre las fuerzas orientadas al cambio: incluyen el colapso *interno* de la moral de las élites dirigentes».

(22) Esta interpretación es la que permite a Sakwa la ironía (parcial) siguiente (pág. 44): las de 1989-1991, en «aparición al menos, fueron revoluciones muy “incompletas”. La queja común en condiciones postcomunistas es que todo ha cambiado y nada ha cambiado, y en el

«Los Estados de partido comunista no fueron omnipotentes sino comparativamente débiles. Debido a que los líderes del socialismo se las apañaron sólo en parte e intermitentemente para ganarse una actitud positiva y de apoyo por parte de los ciudadanos, en otras palabras, para que estos los percibieran como legítimos, esos regímenes se vieron constantemente socavados por la resistencia interna y formas emboscadas de sabotaje *en todos los niveles del sistema*. Esto contribuyó en gran manera a su colapso final.»

En esos párrafos de Sakwa, que sintetizan el núcleo de su argumentación, además, se detecta con claridad lo adecuado de nuestra propuesta anterior de que una buena caracterización de la sociedad predecesora es condición necesaria para comprender la sucesora. Esta aportación de Sakwa ni por asomo es contemplada en el, por otro lado excelente, libro de Dahrendorf. Finalmente, ayuda a comprender el perfil tan especial de las «revoluciones» del período.

Y ésta es la segunda gran cuestión que Sakwa contribuye a iluminar (aunque, al hacerlo, introduce también nuevos interrogantes de importancia), la del tipo de revolución que se produce en 1989. Su análisis destaca dos cosas. Primera, la forma peculiar de acción colectiva practicada, tan diferente de las tradicionales revueltas sociales: «la manifestación popular pacífica y de masas» (que explicaría la llamativa ausencia de la presión desde abajo subrayada por Rafael Poch y otros observadores, así como la vaga alusión de Sztompka a unos poco definidos «movimientos sociales»), es inherente al tipo de cambio que presenciamos en 1989-1991 (pág. 42). Segunda, según argumenta Sakwa, ese cambio debe interpretarse, no como una «revolución rectificadora» (Habermas), no como compuesto por «revoluciones rechazantes» (Leslie Holmes) y tampoco por «refoluciones» (Garton Ash y Dahrendorf), sino como la aparición de un nuevo tipo de mecanismo de cambio macrosocial que prescinde de la lógica ilustrada del pensamiento revolucionario (sobre la que se sustentaba también la teoría sociológica de las revoluciones):

«Las revoluciones de 1989-1991 no sólo ponen punto final a un ciclo revolucionario particular, a saber, el que se inició con la Revolución rusa de 1917, sino que señalan la conclusión de toda esa era que podemos denominar *el revolucionismo* de la Ilustración y, por cierto, de toda una época en cuanto

sentido que se acaba de sugerir, ambas afirmaciones son ciertas». Compárese este razonamiento con la afirmación de Dahrendorf citada antes, más superficial, de que la de 1989 en la URSS fue una revolución «completa». Para una sugerencia en otra dirección, la de los indicios de un enfrentamiento revolucionario entre clases, la *nomenklatura* y la clase trabajadora, véase TILLY (2000: 284).

a cómo entender la política y los procesos de cambio social. (...) El *revolucionismo* de la Ilustración presuponia que los complejos problemas de la organización humana se podían resolver por medio de una intervención radical (23)... Las revoluciones anticomunistas de 1989-1991 repudiaron esa visión... y pusieron fin de ese modo a toda una época de la historia europea. Estamos sugiriendo con ello la paradoja de que fue necesaria una revolución de una especie muy particular, lo que denominamos una antirrevolución, para rechazar el *revolucionismo* propio de la Ilustración» (págs. 106-107).

El trabajo de Sakwa, en suma, ofrece muchos y relevantes argumentos para entender por qué los sistemas de tipo soviético tuvieron el insólito final que el mundo, atónito, presenció. Sin embargo, la interpretación global que hace de esa evidencia no es satisfactoria en un punto en la medida que el autor la vincula insistentemente a una supuesta fuerza (¿inmanente?) que llevó a esos países a *trascender* los sistemas sociales que fueron los herederos principales de la revolución de 1917. La podemos comparar con la menos pretenciosa pero más acertada que ofrecieron, tempranamente, Bryant y Mokrzycki (1994: 2), cuyo análisis se puede sintetizar en esta idea: «Lo que hemos presenciado es el agotamiento del potencial evolutivo del modo de producción socialista de Estado así como la incapacidad de los Partidos-Estados comunistas para resistirse a las demandas de cambio transformador» (24).

¿QUÉ TUVIERON QUE VER 1968 Y 1989?

¿Mantienen las dos crisis algún vínculo entre sí? ¿Pertencen a un mismo ciclo? En un sentido, presentan analogías claras porque ambas sirven de marcadores históricos del siglo xx: 1968 señala el fin de la Edad de Oro y la crisis de la política poliárquica (y la entrada en escena de nuevos actores); 1989, el fin del experimento estalinista y de la Guerra Fría. Pero, obviamente, nos interrogamos ahora por analogías de naturaleza más estructural y con relaciones con la teoría de la revolución que hemos heredado. ¿Qué «fueron» 1968 y 1989? Surge en este punto la dificultad de cómo denominar esas épocas que preludian o demarcan los grandes cambios sociales (25), un

(23) Precisa Sakwa en este punto, con acierto, que las «revoluciones comunistas formaron parte de los discursos modernistas asociados al proyecto de la Ilustración, discursos de organización racional y de progreso universales» (pág. 107).

(24) Un inteligente relato de este agotamiento sistémico se puede encontrar en TILLY (2004: 222-226). Para las causas específicas del colapso en la URSS, HOBBSAWM (1995: capítulo 16).

(25) Ése fue el objeto principal del influyente artículo de ÁLVAREZ JUNCO (1985).

asunto donde el arsenal terminológico de la historiografía y la sociología no siempre coinciden. José Álvarez Junco (1985: 82) ya señaló en su día para el caso del término «revolución burguesa» que es «un modelo que los sociólogos no usan pese a ser tan común entre historiadores “sociales”»; algo parecido parece ocurrir en el análisis de «sacudidas» (*ibid.*, 1985: 104) como las de nuestras dos crisis.

En la teoría sociológica, siguiendo una conocida formulación de Parsons (1984: 445-446), una costumbre consolidada para analizar las grandes transformaciones consiste en diferenciar entre *cambios menores*, que no afectan la estructura básica de una sociedad; *cambios dentro del tipo* (que alteran significativamente algún componente, pero no todos, de esa estructura básica); y *cambios de tipo* (que convierten una estructura social general en otra) (26). Pero esta imprescindible diferenciación pone el énfasis conceptual en los cambios socioestructurales finales producidos y, en ese sentido, es poco útil para caracterizar 1968 (un cambio dentro del tipo que, según numerosos indicios, todavía deja sentir sus efectos) y 1989 (un cambio de tipo sin duda inacabado en términos socioestructurales). Las *crisis* que nos ocupan, como las he denominado hasta aquí, son otra cosa, son de naturaleza diferente: productoras de cambios, *aceleradores históricos* que aglutinan y expresan conjuntamente los problemas principales de una época a la vez que contribuyen a precipitar su resolución. Como tales, exceden del ámbito característico de una revolución política. En este sentido, como he mencionado anteriormente, es aconsejable tal vez denominarlas *coyunturas históricas fuertes*, a la manera sugerida por las *coyunturas* de Skocpol o bien, con una terminología más tradicional, *crisis revolucionarias* (27). El sociólogo Robert Nisbet (1979) ha elaborado el marco conceptual a mi entender más certero para comprender esas situaciones al poner en primer plano una cadena interactiva más completa: los conflictos de valores y opinión que dividen a una población; los *acontecimientos* que los acompañan (28) y con los que interaccionan; y las *crisis* desencadenadas por esos acontecimientos que, eventualmente, producen cambios importantes (de tipo; o dentro del tipo). Su argumentación es muy convincente y permite comprender cómo ciertas

(26) Véase al respecto AGUILAR (2001b: capítulo 5).

(27) Esta última es la expresión que TOURAINE (1969) aplica al Mayo francés.

(28) «Al decir “acontecimiento” no me refiero simplemente a hecho o suceso, que es la definición rutinaria de la palabra. Por supuesto, me refiero a esto, pero más significativamente al tipo de hecho o suceso que tiene el efecto, por breve que sea el tiempo, de suspender, o al meno interrumpir lo normal» (...) Los grandes cambios históricos «se basan en un complejo de formas de intrusión, impacto y quebrantamiento accidental de lo normal» (NISBET, 1979: 35, 34).

coyunturas históricas, sin ser revoluciones, desencadenan cambios a veces revolucionarios. Permite comprender también los fundamentos de una estructura social en equilibrio, que produce conductas rutinizadas; y los de situaciones de conflicto de valores, percepciones y sistemas de ideas que hacen que los actores recuperen «la atención» y presionen, al desencadenar acontecimientos y crisis, para producir una estructura fuera de equilibrio y, eventualmente, transformaciones significativas. Como tales acontecimientos-que-desencadenan-crisis, ¿tuvieron algo en común 1968 y 1989?

Ni Dahrendorf ni Sakwa parecen interesados en la conexión entre ambas aceleraciones y no aportan nada apreciable. Sin embargo, desde la perspectiva indicada, algunos de los estudios acerca de ambas crisis y la información reciente sugieren como mínimo cinco ideas:

1. Las dos crisis comparten ciertas semejanzas de carácter general. El historiador citado, Jarausch (1999: 470-471), propone cuatro elementos compartidos por ambas crisis (y, al hacerlo, permite quizá, indirectamente, aproximar la explicación de Wallerstein, sobre la que volveremos a continuación, a los argumentos de Dahrendorf y Sakwa). Las dos crisis comparten estos rasgos: *a)* son rebeliones populares contra los respectivos poderes hegemónicos; *b)* se producen en presencia de una «atmósfera» de confrontación histórica y de confianza en las propias fuerzas por parte de esas clases populares; *c)* utilizan en ambos casos la «estrategia de la protesta pacífica» y «técnicas de no violencia», inspiradas en Gandhi y la tradición de los derechos civiles; y *d)* en ambos casos se impulsa decisivamente la democratización del orden político como parte de una búsqueda más general de nuevas formas de hacer política.

2. Comparten también algunas características relacionadas con el *estilo* del disenso. La caracterización de Jarausch, aunque correcta y sugerente, no incide suficientemente en aspectos más estructurales de ambas crisis. En este punto, una conexión implícita se halla en los tres rasgos distintivos que Hobsbawm (1975: 241 y ss.) atribuye al Mayo francés y que, a mi entender, sugieren algunas coincidencias notables con aspectos del colapso de 1989. Por un lado, la naturaleza del movimiento de masas, carente de «objetivos políticos». En segundo lugar, dice el historiador británico, «sin profundas dosis de descontento social y cultural, preparado para emerger a instancias de estímulos relativamente leves, no se pueden desencadenar revoluciones sociales de importancia»; en la situación francesa de 1968, en cambio, las energías revolucionarias se dispersaron en múltiples objetos. Algo que era consecuencia, en tercer lugar, de la propia profundidad de la crítica de la sociedad existente que dejó «sin objetivos específicos» al movimiento de la izquierda («el enemigo era “el sistema”»). El resultado con-

junto, según Hobsbawm, fue que «el movimiento popular o fue subpolítico o antipolítico».

3. Las dos crisis comparten cierta causación estructural. Como ya hemos sugerido, es Wallerstein el que establece una conexión estructural directa entre 1968 y 1989. Desde su perspectiva teórica, 1968 fue una «revolución mundial» (insisto en que esta caracterización aleja su análisis del propio de la teoría sociológica de las revoluciones (29), aunque por supuesto contribuye a esclarecer el significado de nuestras dos fechas), duró alrededor de diez años (de mediados de los sesenta a mediados de los setenta), y se propuso dos tareas centrales: acabar con —o neutralizar a— «las fuerzas dominantes del sistema mundial capitalista» y, en paralelo, disputar el protagonismo o neutralizar a las fuerzas de la «vieja izquierda histórica» (1999: 99) y el ya patente fracaso de su estrategia contra el capitalismo (30). Según Wallerstein, por tanto, en una formulación que resume su enfoque sistémico y permite intuir el significado y conexión de las dos crisis:

«[L]a cuestión de 1968 quedó sin terminar. Tenía que concluirse y se concluiría en 1989» (...) [En Polonia, finalmente] «el movimiento no pudo ser contenido y el poder político tuvo que ser entregado a Solidarnosc; 1989 había comenzado. Los veinte años de la “Primavera reptante” del movimiento obrero polaco proporcionan una conexión ininterrumpida entre 1968 y 1989» (1999: 102, 107).

4. La improbable conexión del humanismo universalista. Aunque limita su análisis a la segunda de las crisis, Sakwa ha sabido captar, cosa que no ha hecho Dahrendorf, que estamos ante un nuevo ciclo histórico revolucionario para el cual los conceptos y proposiciones de la teoría clásica de la revolución tienen una utilidad limitada. Al hacerlo, abre con claridad el camino, plenamente coherente, de la teorización de la revolución adaptada a grandes períodos históricos y acepta la simultaneidad de diferentes fuerzas estructurales que pueden operar en un mismo período histórico. El único indicio de conexión cíclica entre 1968 y 1989 es tenue, al indicar el autor que,

(29) Esto es así porque, para esa teoría, las «revoluciones políticas» son el primer paso y condición de las «revoluciones sociales». El tipo de revolución al que se refiere Wallerstein es *política*, pero en un sentido totalmente estructural que lo aleja de la inmediatez y el corto plazo de las primeras.

(30) Las fuerzas de la «vieja izquierda» a las que se refieren Wallerstein y sus colegas son la socialdemocracia occidental, el comunismo de la *nomenklatura* en el Este y «los movimientos de liberación nacional en el Sur». El fracaso de su estrategia (tomar violentamente el Estado para después cambiar el mundo) es en los sesenta patente: los tres grupos han alcanzado el poder estatal en muchas y variadas condiciones y, sin embargo, el mundo no ha cambiado sustantivamente. Esta última argumentación puede consultarse en WALLERSTEIN (2005).

en una visión global, se observa una complementariedad entre el ascenso de los nuevos movimientos sociales en Occidente (con vinculaciones bien establecidas con la crisis de 1968 en Francia y en EEUU) y esas «revoluciones antirrevolucionarias» del Este, una especie de convergencia global que daría un nuevo sentido a la época contemporánea. ¿Pero cómo interpretar esa convergencia? A juicio de Sakwa, se trataría de un movimiento de carácter «humanista», del que la figura de V. Havel sería una referencia emblemática, partidario de la libertad sin violencia y la búsqueda de ciertos «valores universales» (pág. 109), algo que al parecer afectaría al mundo occidental porque el autor, en paralelo, admite que sin duda «las revoluciones de los oprimidos y los afligidos continuarán produciéndose» (pág. 108), previsiblemente en las zonas más pobres del planeta. La argumentación no parece convincente: entre otros, Offe (2004: 29) ha subrayado correctamente la diferencia constitutiva fundamental entre los «nuevos movimientos» en el Oeste y los del Este (los «movimientos de ciudadanos»).

5. Ambas crisis participan del mismo *formato* de protesta popular. Un aspecto particular de la posible conexión cíclica es la estrategia que podríamos denominar de *protesta contenida* asociada a la argumentación de Sakwa para 1989 (y que, en cierta forma, se puede aplicar también a la crisis de 1968). ¿Se parecieron ambas crisis en sus respectivos formatos de protesta popular? Sakwa, a diferencia de Dahrendorf, plantea correctamente la paradoja del cambio de 1989 en este punto: «Aunque sus consecuencias fueron profundamente revolucionarias, trascender el comunismo es algo que en todas partes asumió formas no revolucionarias» (pág. 44) (31). Por lo que se refiere a esta estrategia de *protesta contenida*, dos aportaciones recientes

(31) Esto es algo con lo que coincide uno de los mejores análisis tempranos (escritos en 1993) de los acontecimientos de 1989, el de BRYANT y MOKRZYCKI (1994: 1) ya citado. Si Skocpol establece que las revoluciones sociales son «transformaciones rápidas y básicas del Estado y las estructuras de clase de una sociedad que van acompañadas por —y en parte se llevan a cabo por medio de— revueltas desde abajo con fundamento en las clases», como dicen los autores, en la «Europa del Este, en cambio, se puede hablar diversamente de la sociedad civil contra el Partido-Estado, de manifestaciones populares, incluso de liberación nacional, pero no propiamente de revueltas con fundamento en las clases». Para el caso húngaro, ARATO (1994: 109, 99) ha mostrado que «existe en Hungría un amplio consenso en el sentido de que el cambio de sistema no siguió la senda de una revolución. Mi análisis confirma este consenso al demostrar que únicamente en lo que respecta a ciertas dimensiones la transformación se correspondió realmente con el modelo de las revoluciones modernas» (lo que antes he llamado «teoría sociológica de la revolución»). Con estos antecedentes, no es de extrañar que alguien haya sugerido que «el acontecimiento más revolucionario en toda la Europa del Este ha consistido en evitar la revolución» (I. SZILÁGYI, citado por ARATO, 1994: 104).

contribuyen a entenderla mejor. Una, la de Farideh Farhi (2003: 31), que caracteriza satisfactoriamente las protestas de 1989-1991 de esta manera:

«mayoritariamente acontecimientos urbanos que combinan una insistencia en la no violencia, o un “uso mesurado de la violencia”, con la utilización creativa de la desobediencia civil guiada por una élite opositora, alegatos dirigidos a la opinión pública mundial a través de los medios electrónicos de comunicación, atención y presión ejercidas desde el mundo exterior y una “disposición a negociar con los detentadores del poder que rechaza, sin embargo, la cooptación”».

Por otro lado, el reciente libro de Rose y colaboradores (2006) sobre el caso ruso, que se apoya en una amplia base de datos empíricos, contribuye a iluminar la cuestión (y a acabar quizá con la disputa, que hemos mencionado, sobre si la presión desde abajo fue o no de gran envergadura). Los datos que aportan estos autores les conducen a confirmar la ausencia en la antigua URSS de nada parecido a la tradicional revuelta desde abajo propia de las revoluciones «clásicas». Su interpretación para el período subsiguiente es ésta (2006: 84):

«En los días iniciales del nuevo régimen, no había manera de saber si los servicios de seguridad responderían a las protestas con violencia y arrestos en masa. Que las masas no estuvieran inclinadas a la protesta es algo que surgió con naturalidad de los acontecimientos. En los primeros años del nuevo régimen, cuando el apoyo hacia éste era más incierto, no se organizaron protestas de ámbito nacional. Incluso cuando la confrontación política entre el Congreso Popular y el Kremlin estaba en su punto álgido en Moscú, en los inicios del otoño de 1993, los que salieron a las calles para protestar constituían una proporción minúscula y desviada de la población de la ciudad. Los moscovitas, al igual que los rusos de otras ciudades, preferían salir a la calle para añadirse a las colas derivadas del desabastecimiento de bienes y presenciar en televisión las confrontaciones políticas.»

Y el comportamiento de la población en el meollo del gran conflicto y transformación previa es enjuiciada así (Rose, 2006: 69-70):

«Durante la incertidumbre de las reformas de Gorbachov, aquellos en la base del orden político fueron espectadores pasivos de la lucha en el seno de la élite soviética. Sólo después de que las reformas introdujeran las elecciones competitivas expresaron los rusos su rechazo a los poderes establecidos. A diferencia de la Alemania oriental (32), las grandes manifestaciones en la calle,

(32) «A diferencia de la Alemania oriental»: un caso que ha sido concienzudamente examinado por un politólogo que, además, participó en los acontecimientos de 1989 en lugar protagonista (véase la pág. 218), GARETH DALE (2005). Su información y argumentos (véase, por

a favor o en contra del régimen soviético, no existieron.(...) Contrariamente a las expectativas de muchos observadores occidentales, la respuesta de los rusos ante la transformación política fue la paciencia más que la frustración y la protesta.»

De una u otra manera, la *protesta contenida* de la transformación de 1989, su *gentleness*, tiene que verse como una respuesta táctica ante la ejecutoria de poder omnímodo exhibida por los regímenes estalinistas pero también, como señala Sakwa (2001: 166), como «algo intrínseco al modelo mismo de transformación», cuestión sobre la que vuelvo en el siguiente epígrafe.

EL IMPACTO DE LAS REVOLUCIONES SOBRE LA TEORÍA

En términos generales, la sociología no es una ciencia experimental ni puede serlo. Y en particular, especialmente, tampoco la parte de la disciplina que tiene por objeto los grandes procesos de cambio social. Se limitan ambas a investigar con intensidad cuando esos grandes procesos sobrevienen, procesos que, en tales condiciones, se convierten en una especie de «laboratorios». Es lo que ha ocurrido con las dos crisis que centran nuestros comentarios, 1968 y 1989. Esta última, en especial, ha generado un «laboratorio postsoviético» que, parafraseando a Leo Panitch, ha alimentado una pequeña «industria» formada por grandes números de académicos de todo el mundo afanados por investigar lo ocurrido y, en el camino, establecer ciertas generalizaciones y progresos acerca de, en frase memorable de S. F. Nadel (1966: 233), cómo funcionan las sociedades humanas. Llegados a este punto de nuestro comentario, conviene ver más de cerca el estado anómico por el que atraviesa la teoría sociológica de la revolución como resultado de los hallazgos del laboratorio postsoviético y, más ampliamente, del creciente conocimiento adquirido sobre las dos crisis tratadas aquí. Las revoluciones han impactado sobre la teoría establecida de maneras diversas, que vamos a examinar brevemente en este último epígrafe.

ejemplo, págs. 156-157 y ss.) ponen en entredicho los de Dahrendorf y confirman los de Sakwa: en las ciudades alemanas del otoño de 1989 «centenares de miles» de ciudadanos optaron por la voz (y un número semejante, por la *salida*). Los primeros constituyeron un colectivo que ejerció fuerte presión desde abajo en lo que se asemeja a una acción colectiva de masas (para esta noción, AGUILAR, 2001a), esto es, un episodio de protesta con un alto grado de espontaneidad y de autoorganización; canalizados o movilizados sus miembros, eso sí, por las tenues estructuras organizativas de las microscópicas organizaciones de disidentes.

Lo primero que hay que decir es que la teoría establecida había exhibido ya, *per se*, algunas carencias (33). Pero, ante todo, ¿qué entender por «teoría establecida»? Lo hemos indicado con brevedad anteriormente: aquel conjunto de conceptos y teorías que, en la profesión, han dado cuenta de manera razonablemente satisfactoria de las revoluciones de los últimos dos siglos. Se trata de un modelo de consenso que podríamos denominar de revoluciones en el marco del tránsito modernizador hacia la industrialización; o, según apunta Sakwa (2001: 160), de revoluciones agrarias y modernizadoras. Jeffrey Paige (2003: 20) ha caracterizado acertadamente esta perspectiva analítica (ejemplificada en el trabajo de Skocpol) y sus conexiones o influencias ideológicas así: «Tanto en la ciencia social como en el marxismo-leninismo ortodoxo... el poder político y el Estado son el objeto de la lucha revolucionaria, la violencia política organizada es el medio y la transformación social liderada por el Estado es el fin». El punto de vista de este modelo pareció ya poco adecuado, o al menos fue muy discutido, en algunos casos concretos: entre otros, la revolución soviética misma o la revolución cubana (Paige). La insatisfacción analítica con el modelo de consenso (y con su definición emblemática, la de Skocpol ya reproducida) ha llevado a Paige (2003: 23-24) a identificar como deficiencias principales la ausencia de énfasis en los aspectos del cambio relativos a «la metafísica, la ideología y la deferencia» y a proponer una definición alternativa:

«Una revolución consiste en una transformación rápida y fundamental producida en las categorías de la conciencia y la vida social, en los presupuestos metafísicos en los que se basan estas categorías y en las relaciones de poder en las que se expresan, como resultado de la amplia aceptación popular de una alternativa utópica al orden social existente.»

La propuesta de Paige es indicativa, pero es sólo un aspecto, del malestar reciente instalado mayoritariamente en el seno de la teoría social que se ocupa del conflicto social y las revoluciones. A mi entender, el conjunto de avances producidos contemporáneamente y el impacto de las crisis de 1968 y de 1989-1991 obligan a un replanteamiento en toda regla. Hay dos motivos principales que lo hacen ineludible, más allá, claro está, de la evidencia de que la teoría no ha servido adecuadamente, como hemos mencionado en varias ocasiones, durante crisis revolucionarias recientes. El primer motivo es de orden puramente práctico: las realidades emergentes empujan invariablemente a los modelos teóricos a reformularse, si ello es posible, o fenecer;

(33) Para una reciente revisión de esas carencias desde el ángulo historiográfico y el debate sobre las «revoluciones burguesas», véase MANUEL PÉREZ LEDESMA (2007). El estudio de MOORE (1966) ya incidía de hecho sobre esta insatisfacción conceptual.

Farideh Farhi (2003: 31; cursiva añadida) lo expone con mucha propiedad en su discusión con quienes consideran ya inútil la teoría clásica de las revoluciones y, quizá, las revoluciones mismas:

«[La idea de revolución] no puede ser extirpada tan fácilmente de la imaginación popular... [M]ás que declarar su muerte como idea, sería más aconsejable que tomáramos nota de la *metamorfosis* por la que atraviesa como resultado de las nuevas realidades.»

El segundo motivo lo he mencionado de pasada. De la misma manera que, inevitablemente, el conocimiento de la ciencia social, en la medida que progresa, pasa de teorías generales a teorías regionales o específicas; de la misma manera que contemporáneamente las teorías, por ejemplo, de la economía política, no se centran en el capitalismo en sí, o general, sino en capitalismo que marcan —y gobiernan— épocas acotadas (el «capitalismo avanzado», el «capitalismo industrial clásico», el «capitalismo del bienestar», el «capitalismo organizado», el «capitalismo desorganizado o flexible», el «capitalismo global», etc.); de la misma manera, la teoría de la revolución tiene que producir modelos también regionales; y puede ya hacerlo. La aceleración histórica inducida, precisamente, por el capitalismo global durante la última generación ha puesto las bases para una situación donde:

1. Es fácil ya la simultaneidad de crisis revolucionarias «de épocas diferentes» (y que siguen lógicas fundamentalmente distintas). Ninguna teoría social operacional puede abarcarlas todas.

2. La propia globalización neoliberal puede convertir en inútil un asedio «revolucionario» a Estados nacionales, antes objeto central de la contienda política, que no manejan ya todos los registros de la partitura del cambio societario. Visto así, las revoluciones pueden perder su anterior protagonismo y convertirse en superfluas (34).

Metamorfosis revolucionaria en las nuevas realidades emergentes, pérdida de eficacia relativa de las revoluciones, necesidad de teorías regionales... ¿Qué nos han enseñado a estos respectos las crisis de 1968 y 1989? A mi entender, que en cuatro renglones distintos se puede avanzar, se está ya haciendo, hacia modelos teóricos diferenciados. Uno muy evidente es que la teoría clásica heredada (emblematizada en la definición de Skocpol) puede y debe persistir y adaptar su contenido a los cambios producidos *dentro de su marco de aplicabilidad*. Esta teoría clásica sirve y servirá para situaciones revolu-

(34) Véanse al respecto los argumentos de TILLY y de JEFF GOODWIN (en GOODWIN, 2003: 65 y ss.).

cionarias en clave modernizadora, que sin duda, como ya hemos dicho que nos recuerda Sakwa, seguirán produciéndose.

Los datos indican que 1968, en sentido amplio (de mediados de los sesenta a mediados de los setenta), fue una coyuntura histórica fuerte o, en la terminología de Nisbet, un acontecimiento que desencadena una crisis. En sentido restringido, el Mayo francés y quizá la experiencia norteamericana de 1968, fue una revolución, quizá incompleta, pero revolución al fin, y el error en percibirlo así constituye una de las debilidades del texto de Dahrendorf examinado. Pero se trata de una revolución de nuevo tipo que no casa con lo que podríamos denominar las revoluciones (predominantemente) de clase del modelo clásico «modernizador» o «revoluciones nacionales» (Tilly, 2000). Mayo de 1968 puede que haya señalado una senda para la revolución en condiciones de capitalismo avanzado y democrático, siendo la mejor prueba de su pervivencia que la mayoría de los «novísimos» movimientos sociales desde 1994 en adelante se posicionan en su estela; un modelo adaptado a esta «nueva realidad» tendrá que considerar esa crisis y no pocos episodios posteriores, como el caso más claro del 1995 francés (35). Ahí tenemos un segundo modelo. Un tercer modelo, a mi entender, es el que dibujan los estudios de Wallerstein y sus colaboradores: una teoría *sistémica* de la revolución, es decir, la revolución en su formulación global y abarcando el sistema mundial de sociedades.

Finalmente, 1989 demarca un terreno característico cuya comprensión empuja la teoría hacia un modelo regional apropiado. ¿Pero qué modelo? A mi entender, con los datos y estudios de que disponemos hoy, la conclusión provisional tiene que ser que esa crisis constituyó una revolución de nuevo tipo, como dice Dahrendorf (aquí acierta); pero no una revolución cuya lógica debamos buscar en una extraña inexorabilidad de la «sociedad abierta» (aquí no acierta). Lo que la experiencia de 1989-1991 parece mostrar en acción, más bien, es un mecanismo *sui generis* de cambio social que *precipita una disolución sistémica*. Los datos y argumentos que hemos examinado más arriba sustentan una conclusión, provisional, puesto que el «laboratorio postsoviético» puede tener aún larga vida, de este tenor:

1. 1989 marca el final del ciclo evolutivo de una forma de organización social impracticable, al menos en las condiciones históricas características de su estadio de maduración. Paige (2003: 26) cita a Furet aprobatoriamente en el sentido de que el extraño colapso del sistema soviético «no fue tanto una revolución como “el colapso de un sistema social”». Moshe Lewin

(35) Véanse al respecto ANDREW BLACKMAN (2007), para los «novísimos» movimientos; y DANIEL SINGER (2005) para la protesta de 1995.

(2006: 475) habla de «un poder que se acercaba a la tumba de la familia de regímenes anticuados»; y un célebre especialista en sistemas sociales en evolución, Gerhard Lensky (2005: 215, citando a Mark Zajarov), observa lo siguiente (36):

«[U]na mayoría sustancial de ciudadanos en la mayor parte de las sociedades de la Europa del Este que en su momento fueron socialistas rechazaron el sistema cuando se les dio una oportunidad. Inclusive los que anteriormente fueron líderes del Partido con frecuencia perdieron la fe en la planificación central y la economía de mando. Como lo expresó un miembro del Congreso Soviético de Diputados del Pueblo en la sala de sesiones de ese organismo, su nación había enseñado al mundo una lección valiosa al poner a prueba, con un elevado coste para sí misma, lo que se comprobó que era “un sistema imposible de desarrollo económico”.»

Ese colapso sólo es extraño si se concibe desde la visión convencional de la historia moderna y la teoría revolucionaria heredada. Deja de serlo si se piensa como lo que fue: una forma poco corriente, tanto como el propio colapso estructural, inédito hasta ese momento, de poner punto final a un sistema social del que sólo una ínfima minoría de la población y de las élites seguía interesada en su pervivencia, de desencadenar en la esfera política un cambio de ciclo evolutivo ya instalado previamente en las estructuras del sistema, algo que transmitió a la transformación un elemento de cortedad de miras y ausencia de elementos utópicos subrayados por numerosos observadores. Claus Offe (2004: 16), otro de los analistas de la transformación, lo ha expresado con acierto:

«Esta revuelta es una revolución sin modelo histórico y sin teoría revolucionaria. En verdad, su característica distintiva más llamativa es la ausencia de supuestos teóricos elaborados y argumentos normativos sobre las cuestiones de quién llevaría a cabo las acciones, en qué circunstancias y con qué objetivos, qué problemas había que esperar en el camino, cómo debía constituirse la síntesis de un orden postrevolucionario y qué significado debía darse a la idea de “progreso”. En todas las revoluciones de los dos últimos siglos existía algún tipo de respuesta a estas preguntas.»

2. El trayecto seguido por las sociedades sucesoras, postcomunistas, aporta también mucha información sobre el acto original de 1989-1991. Sobre todo en un punto, que Sakwa ha visto muy bien (pág. 44): «Aunque los

(36) Aunque habría mucho que decir y que objetar a su afirmación que, aquí, sólo nos interesa para constatar el punto de vista de que el «sistema soviético», cuyo desempeño inicial en términos de crecimiento económico había impresionado al mundo, se había convertido en un sistema (económico, social, político) inviable.

sistemas políticos quedaron completamente transformados, buena parte de la vieja estructura social sobrevivió intacta». Estamos ante la paradoja de cambios revolucionarios que coexisten con grandes continuidades (las «sociedades paralelas» señaladas por Sakwa; Hobsbawm coincide, 1995: 483). Es en este punto donde el razonamiento de Dahrendorf, el de una revolución «completa» que arrasa con el antiguo régimen, es patentemente erróneo. El punto central es, más bien, la liquidación de un sistema social carente de apoyos fundamentales (entre la población, pero también entre la élite); ineficiente como tal, económica y políticamente, en el contexto histórico mundial de la segunda mitad del siglo xx; y en paralelo, el objetivo de la élite de transformar sus privilegios de *nomenklatura* en propiedad. El resultado combinado ha sido un «capitalismo de diseño» que Offe (2004: 26, 24-25) ha caracterizado así:

[El desarrollo del] «“capitalismo de diseño” o capitalismo sin capitalistas como promotores activos de sus intereses de clase» producido por las revoluciones de 1989-1991 «no puede apoyarse en ciegas emergencias evolutivas, como ocurrió en gran medida en la historia de los capitalismo pioneros de Occidente». (...)

«En contraposición a su compañera occidental, la economía de mercado que surja en la Europa del Este será, si de verdad surge, “capitalismo político”. Se trata de un capitalismo diseñado, organizado y puesto en marcha por las élites de la reforma» (...) «En el Este, por el contrario [respecto del caso occidental], la privatización y la economía de mercado no son impulsadas por derechos, sino orientadas por los resultados; no se basan en la clase, sino que son promovidas por la élite...; no se fundamentan en argumentos morales e ideológicos basados en derechos y libertades, sino que se las defiende en nombre de una prosperidad económica vehemente y universalmente deseada.»

Pero, obviamente, este «capitalismo de diseño» postcomunista sólo es concebible en un contexto de sociedades donde domina un consenso mayoritario sobre la liquidación del anterior sistema. El caso de la URSS se acomoda bien a esta caracterización, así como la de una mayoría de países del bloque soviético. Unos pocos, sin embargo, se ubican más cerca del extremo opuesto al contar con una sociedad civil mucho más articulada y una trayectoria de resistencia y protesta pertinaces. En Polonia, por mencionar el caso más significado, y contrariamente también al juicio de Dahrendorf, la situación de conflicto social se parecía mucho más a lo que podríamos denominar una «sociedad dividida en dos» y a la confrontación entre dos bloques de población enfrentados en un verdadero *clivaje* que el caso ruso (37). El caso

(37) Véase al respecto el autorizado y gráfico comentario de JACEK KURON (1999: 199):

polaco, para entendernos, exhibió algunas semejanzas con el caso español de *clivaje* originado en una guerra civil y un final de dictadura y una transición política organizados alrededor de una notable resistencia civil pacífica (el ciclo de grandes huelgas y la emergencia de Solidarnosc, destacadamente) (38). No fue el caso ruso. En Polonia hubo «colapso» del antiguo régimen, pero también un largo enfrentamiento entre vencedores y vencidos. Por eso es posible allí, como también en el caso alemán oriental, y no, o muy levemente, en la Federación Rusa, una historia actual y reciente de búsqueda retrospectiva de responsabilidades y construcción de «memoria histórica».

3. Finalmente, la pauta de *protesta contenida* del cambio de 1989-1991. Su especificidad, la ausencia de una revuelta social desde abajo fundamentada en las clases (con la excepción, en este punto, de Polonia), deben verse, según se ha dicho, como una respuesta táctica pero también (Sakwa) como intrínsecas al modelo de transformación. En la medida que este modelo ha sido el de una disolución sistémica, y no el habitual de un cambio modernizador preñado de imaginería utópica, el significado de la protesta contenida adquiere un sentido poco habitual: sólo podía ser un mecanismo de presión imprescindible y carente de gran organización y liderazgo (39) para derribar un «edificio que ya estaba vacío», según la acertada metáfora del perspicaz Kapuscinsky (*supra*, nota 9):

«En 1989 se derribó un edificio que ya estaba vacío. Se murió un moribundo. Un país como Ucrania, de más de cincuenta millones de habitantes, pudo alcanzar la independencia sin un solo tiro. ¿Qué quiere decir eso? Que

«[C]omparé la situación política en Polonia con el transporte ferroviario. Una programación de los trenes donde a una de cada diez unidades se le permitiera operar independientemente, gobernada por un acuerdo entre el conductor y los pasajeros, o bien obligaría a un cambio en los principios en que se basaba todo el complejo ferroviario, o bien conduciría a una serie de catástrofes. Esa era la situación de Polonia en 1980-1981, cuando se creó, *en el interior* del sistema totalitario, un movimiento masivo de carácter independiente que abarcaba a más de la mitad de la población».

(38) Véase SALVADOR AGUILAR, «Voces catalanas en el cambio de régimen», en *El País*, edición de Cataluña, 6.12.2006. Las similitudes entre el caso polaco y el español de la transición fueron ya señaladas por ERIC HOBSBAWM (1995: 483): «ninguno de los regímenes de la llamada Europa oriental fue *derrocado*. Ninguno, salvo Polonia, contenía fuerza interna alguna, organizada o no, que constituyera una seria amenaza para ellos, y el hecho de que en Polonia existiera una poderosa oposición política permitió, en realidad, que el sistema no fuese destruido de un día para otro, sino sustituido en un proceso negociador de compromiso y reforma similar a la manera en que España realizó su proceso de transición».

(39) Congruente, por otro lado, con el estilo de «antipolítica» propio del período, antes y después de 1989-1991. HOBSBAWM (1995: 486) converge en esta idea: las manifestaciones de masas «dieron la señal para la pacífica abdicación de los antiguos regímenes».

1989 fue sólo un pequeño golpecito final en un movimiento que había empezado mucho antes y donde, por cierto, también tuvieron gran influencia los acontecimientos de 1968... [H]ubo manifestaciones y demás. Pero todo estaba decidido ya. Las élites habían abandonado el barco mucho antes. Tenían información y sabían que aquello no podía durar.»

O complementariamente, en palabras más técnicas de Sakwa (pág. 44):

«Se hizo innecesario un esquema clásico de insurrección revolucionaria por la simple razón de que, con la excepción, también parcial, de Rumanía, eran pocos los que estaban dispuestos a perder la vida en defensa del antiguo régimen» (40).

4. En conjunto, considerados nuestros tres argumentos, ¿fueron realmente «revoluciones» los cambios de 1989-1991? Sí por sus efectos, no por su impulso y constitutivamente. Además, puestos en guardia sobre la necesidad de conceptos y teorías regionales, la denominación exacta es materia de convención y por tanto, hasta cierto punto, un problema secundario. Lo dice bien Kumar (2001: 195):

«Las revoluciones de 1989, a pesar de su indiscutible significación, cobran crecientemente la apariencia de *frondes*, o revoluciones de palacio...» Hay quien cuestiona que se las pueda «denominar revoluciones», pero esto son simplemente «disputas de definición.»

5. Para cerrar estos comentarios sobre la crisis de 1989-1991, según he apuntado antes, los datos y conocimientos acumulados obligan a mi entender a que la ciencia social lleve a cabo una drástica rectificación de su teoría sobre la sociedad predecesora. La teoría enarbolada por la corriente principal fue un subproducto de la Guerra Fría, algo que, al parecer, ha dejado de existir. Conviene también liquidar ese relato entre infantil y paranoico de unas supuestas sociedades comunistas y revolucionarias que recuerdan demasiado la actual caracterización de ciertos países por el Gobierno norteamericano (y adláteres añadidos) como «Eje del Mal». La historiografía contemporánea ha mostrado a conciencia, o al menos ha presentado poderosos indicios en esa dirección, que aunque la revolución de 1917 fue una auténtica revolución modernizadora, para 1921, sin embargo, su impulso transfor-

(40) El mismo autor (SAKWA, 2001: 172), menciona una interesante analogía que permite quizá pensar en *protestas contenidas* de situaciones históricas previas (además, en mi opinión, de 1968): «Posiblemente, la analogía más próxima sería la de la revolución rusa (burguesa) de febrero de 1917. Aquí también encontramos que la movilización popular tomó la forma de muchedumbres unificadas y afables, mientras que se reducía al mínimo el papel de los partidos políticos, la retribución y la fuerza organizada.»

mador se había agotado como preludio de lo que Paige (2003: 26) y Robin Blackburn han calificado de «contrarrevolución estalinista de 1929-1933». El resultado conjunto, como tantas veces en la Historia, fue una consecuencia no buscada por la revolución original ni por los propios activistas del cambio, a saber, una sociedad postrevolucionaria y postcapitalista, pero no socialista, caracterizada por grandes transformaciones estructurales (en lugar preferente, una estructura de clases completamente modificada y comandada por una nueva clase dominante, la *nomenklatura*) y formas emergentes de notable desigualdad, que trasladó desde arriba y a la fuerza al atrasado e inmensamente pobre campesinado ruso a la modernidad industrial de la tradición occidental.

Resumiendo lo expresado hasta aquí, podríamos concluir que los dos libros que centran este comentario son muy notables y conviene recomendarlos. Aunque por razones opuestas. El de Sakwa abre una perspectiva innovadora que, en lo fundamental, referida a 1989, parece acertada. El de Dahrendorf decepciona a sus seguidores sociólogos, por los motivos expuestos, aunque probablemente plazca mucho a los seguidores de su ideario. Se pueden aplicar muy bien al Dahrendorf de este libro, especialmente cuando encara el análisis de 1968 y 1989, las palabras certeras que Lewis Coser (s.f.: 170) dirigió al gran Durkheim por razones simétricas:

«Pareció necesario demostrar por qué es que Durkheim, aunque tuviese un éxito superlativo en ciertas áreas de investigación, fracasase en otras en lo que respecta a enriquecer nuestro conocimiento. Para aclarar esto es necesario subrayar que “la discriminación observacional no está dictada por los hechos imparciales. Selecciona y descarta, y a lo que retiene lo vuelve a arreglar según un orden subjetivo de preeminencia. Este orden de preeminencia en la observación es, en realidad, una distorsión de los hechos... Tenemos que rescatar los hechos que se han dejado a un lado, y tenemos que descartar el orden subjetivo de preeminencia que es en sí mismo un hecho para la observación” (Whitehead).»

Los caminos de la revolución se han modificado y son múltiples. Pero el impulso hacia el cambio social espasmódico originado en la presión popular continuará existiendo. La conclusión de Krishan Kumar (2001: 196) en este punto me parece muy justa, y servirá para cerrar esta nota:

«Nadie está en condiciones de eliminar la revolución como modo de transformación de la sociedad, ni ahora ni en el futuro... La virtual ausencia de revoluciones en Occidente durante el siglo xx constituye un claro testimonio de que las condiciones que la hicieron relativamente común en el siglo xix han dejado de existir, o que existen de un modo completamente modificado. La revolución es todavía posible, siempre; se trata simplemente de que es menos probable que ocurra, al menos en las formas familiares para nosotros.»

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, SALVADOR (2001a): «Movimientos sociales y cambio social: ¿una lógica o varias lógicas de acción colectiva?», en *Revista Internacional de Sociología*, 30: 29-62.
- (2001b): *Ordre i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats*, Hacer, Barcelona.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (1985): «A vueltas con la Revolución Burguesa», en *Zona Abierta* 36-37, julio-diciembre, págs. 81-106.
- ARATO, ANDREW (1994): «Revolution and restoration. On the origins of right-wing radical ideology in Hungary», capítulo 6 de BRYANT y MOKRZYCKI (eds.), *The new great transformation? Change and continuity in East-Central Europe*, Routledge, Londres.
- BLACKMAN, ANDREW (2007): «Los nuevos movimientos socialistas», capítulo 4 de AA.VV., *Un socialismo para el siglo XXI*, Monthly Review-Selecciones en castellano, 7, Hacer, Barcelona.
- BOURG, JULIAN (2007): *From revolution to ethics. May 1968 and contemporary French thought*, McGill-Queen's University Press, Montreal y Londres.
- BRYANT, CHRISTOPHER G. A. (1994): y Edmund Mokrzycki, «Theorizing the changes in East-Central Europe», capítulo 1 de BRYANT y MOKRZYCKI (eds.), *The new great transformation? Change and continuity in East-Central Europe*, Routledge, Londres.
- COSER, LEWIS (s.f.): *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*, Amorrortu, Buenos Aires. (Edición original, *Continuities in the study of social conflict*, 1967.)
- DAHRENDORF, RALF (1990): *Reflections on the revolution in Europe*, Chatto & Windus, Londres. Hay traducción castellana en EMECE.
- (2005): «La política de la frustración», *La Vanguardia*, 16.10.2005.
- (2006): *El recomienzo de la historia. De la caída del Muro a la Guerra de Irak*, Katz, Buenos Aires (original alemán de 2004).
- DALE, GARETH (2005): *Popular protest in East Germany, 1945-1989*, Routledge, Londres.
- DONALD, MOIRA y TIM REES (eds.) (2001): *Reinterpreting revolution in twentieth-century Europe*, Macmillan, Londres.
- EISENSTADT, S. N. (1999): «The breakdown of communist regimes», capítulo 4 de VLADIMIR TISMANEANU (ed.), *The revolutions of 1989*, Routledge, Londres.
- FARHI, FARIDEH (2003): «The democratic turn: new ways of understanding revolution», capítulo 3 de JOHN FORAN, *The future of revolutions. Rethinking radical change in the age of globalization*, Zed, Londres.
- FINK, CAROLE con PHILIPP GASSERT y DETLEF JUNKER (eds.) (1999): *1968: The world transformed*, Cambridge University Press.
- GINER, SALVADOR (1980): «La revolución», cap. 13 de J. F. MARSAL y B. OLTRA (eds.), *Nuestra sociedad: introducción a la sociología*, Vicens Vives, Barcelona.

- HABERMAS, JÜRGEN (1990): «What does socialism mean today? The rectifying revolution and the need for new thinking on the left», en *New Left Review*, 183, págs. 3-21.
- HIRSCHMAN, ALBERT (1982): *Shifting involvements: private interest and public action*, Blackwell, Oxford.
- HOBBSBAWM, ERIC J. (1969): «Introducción» a KARL MARX, *Pre-capitalist economic formations*, International, Nueva York, págs. 9-65.
- (1975): *Revolutionaries. Contemporary essays*, New American Library, Nueva York.
- (1990): «La revolución», capítulo 1 de ROY PORTER y MIKULÁS TEICH (eds.), *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona, págs. 16-69.
- (1995): *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona.
- HORN, GERD-RAINER (2007): *The spirit of '68. Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford University Press, Oxford.
- JARAUSCH, KONRAD H. (1999): «1968 and 1989. Caesuras, comparisons, and connections», capítulo 18 de CAROLE FINK *et alii* (eds.), *1968: The world transformed*, Cambridge University Press, 1999, págs. 461-477.
- KUMAR, KRISHAN (2001): «The revolutionary idea in the twentieth-century world», capítulo 10 de MOIRA DONALD y TIM REES (eds.), *Reinterpreting revolution in twentieth-century Europe*, Macmillan, Londres.
- KURON, JACEK (1999): «Overcoming totalitarianism», capítulo 9 de VLADIMIR TISMANEANU (ed.), *The revolutions of 1989*, Routledge, Londres.
- LENSKI, GERHARD (2005): *Ecological-evolutionary theory. Principles and applications*, Paradigm, Boulder y Londres.
- LEWIN, MOSHE (2006): *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona.
- MOORE, BARRINGTON (1966): *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, Beacon, Boston. Hay traducción castellana en Editorial Península.
- NADEL, S. F. (1966): *Teoría de la estructura social*, Guadarrama, Madrid.
- NISBET, ROBERT (1979): «Introducción» a NISBET, T. S. KUHN, LYNN WHITE y otros, *Cambio social*, Alianza Ed., Madrid.
- OFFE, CLAUS (2004): *Las nuevas democracias. Transición política y renovación institucional en los países postcomunistas*, Hacer, Barcelona.
- PAIGE, JEFFERY M. (2003): «Finding the revolutionary in the revolution: social science concepts and the future of revolution», capítulo 2 de JOHN FORAN, *The future of revolutions. Rethinking radical change in the age of globalization*, Zed, Londres.
- PARKER, NOEL (1999): *Revolutions and history. An essay in interpretation*, Polity, Cambridge, Reino Unido.
- (2003): «Parallaxes: revolutions and “revolution” in a globalized imaginary», capítulo 4 de JOHN FORAN, *The future of revolutions. Rethinking radical change in the age of globalization*, Zed, Londres.
- PARSONS, TALCOTT (1984): *El sistema social*, Alianza Ed., Madrid (ed. original de 1951).

- PÉREZ LEDESMA, MANUEL (2007): «Europa y el mundo: tres siglos de historia», en *Revista de Libros*, núm. 130, octubre, págs. 15-20.
- ROSE, RICHARD; WILLIAM MISHLER y NEIL MUNRO (2006): *Russia transformed. Developing popular support for a new regime*, Cambridge University Press.
- SAKWA, RICHARD (2001): «The Age of Paradox: the antirevolutionary revolutions of 1989-91», capítulo 9 de MOIRA DONALD y TIM REES (eds.), *Reinterpreting revolution in twentieth-century Europe*, Macmillan, Londres.
- (2003): *Postcomunismo*, Hacer, Barcelona.
- SINGER, DANIEL (2005): «Francia, 1995: la primera revuelta metropolitana contra la globalización», capítulo 2 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review-Selecciones en castellano, 3, Hacer, Barcelona.
- SKOCPOL, THEDA (1979): *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China*, Cambridge University Press. Hay versión castellana en Fondo de Cultura Económica.
- (1994): *Social revolutions in the modern world*, Cambridge University Press.
- SZTOMPKA, PIOTR (1995): *Sociología del cambio social*, Alianza Ed., Madrid.
- (1998): «Las lecciones de 1989 para la teoría sociológica», en *Zona Abierta*, 82/83, págs. 143-165.
- TILLY, CHARLES (2000): *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Crítica, Biblioteca de Bolsillo, Barcelona.
- (2004): *Contention and democracy in Europe, 1650-2000*, Cambridge University Press. Traducción castellana, *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*, en Hacer Ed., Barcelona.
- TOURAINÉ, ALAIN (1969): *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Seuil, París.
- y otros (1996): *Le grand refus. Réflexions sur la grève de décembre 1995*, Fayard, París.
- VERDERY, KATHERINE (1996): *What was socialism, and what comes next?*, Princeton University Press.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL con G. ARRIGHI y T. K. HOPKINS (1999): *Movimientos anti-sistémicos*, Akal, Madrid.
- (2005): «¿Hacia dónde vamos?», capítulo 9 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Selecciones en castellano, núm. 3, Ed. Hacer, págs. 145-161.
- (2007): «1968, revolución del sistema mundial», capítulo 5 de WALLERSTEIN, *Geopolítica y geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Kairós (edición original inglesa de 1991).